

## Editorial

¿Qué tipo de Universidad queremos? Es una pregunta que está en boga porque la movidiza realidad contemporánea exige constantemente replantear nuestros saberes, necesitamos con premura reorientar la dirección hacia donde ellos apuntan y la forma cómo los adquirimos. Vivimos un tiempo donde las constantes parecen diluirse, el enorme peso de verdades que hace no muchos años atrás poseían la etiqueta de incuestionabilidad recula sin remedio y se desmorona como arena, concepciones novedosas surgen a cada momento en el planeta y dinamizan el conocimiento. El momento impone la total visibilidad, nada parece estar desconectado de lo global. Las tendencias del conocimiento que se imponen rebotan con sorprendente rapidez en los más disímiles espacios y en los más diferenciados estratos. El replanteamiento contemporáneo implica que debemos diseñar nuestras aspiraciones en función de aprovechar las fuerzas y garantías que acompañan a este frenesí de circulación del conocimiento, de los objetos y de las relaciones sociales. Esta mecánica de la aceleración hace que la obsolescencia se apegue con enorme velocidad al reciclado, se metamorfosee sin regla fija para confundirse y transfigurar el sentido primigenio: nada es perdurable ni totalmente confiable, por lo menos en el nivel de los productos y las relaciones móviles de los seres humanos de hoy. La corriente del presente es un aluvión que nos arrastra de cualquier manera sin opciones de poder evadirla.

Este parámetro (no deseo usar la noción de paradigma porque, precisamente, parece contravenir de alguna manera lo esencial de lo que comento), esta nueva medida de lo social convoca, más que antes, seriedad en su estudio, habilidad en el manejo de la experiencia y flexibilidad en las posturas, de lo contrario podemos ser fácilmente arrollados por algo que no entendemos ni podremos comprender por su cualidad de celeridad, por su incremento de lo móvil. Por lo tanto, la universidad que aspiremos, por fuerza, debe estar en consonancia con estas potencias ineludibles. Sería un error de cuantiosa miopía darle la espalda a lo que sacude al planeta. Y, aclaremos, el conocimiento, que nunca ha conocido ni fronteras ni colores, tampoco se detiene en caprichos ni pasiones, poco cubrirá quien idealice un modelo excesivamente doméstico, un terruño, una "territorialidad" imbuida en el pequeño ámbito de lo casero. La densidad de esta posición es un enigma a resolver, pues no podemos lanzarnos desbocados a una fiebre de imprecisiones sin suelo firme, ni tampoco confiscar el alcance de esta reingeniería social que a todo cubre.

Zygmunt Bauman, recientemente galardonado con el premio Príncipe de Asturias por su enorme contribución al estudio sociológico de las modernidad, ha visionado como pocos estos vaivenes, este movimiento pendular de la cultura que desequilibra las nociones de lo sólido, de lo que creíamos podría tener una estabilidad sobre la que afirmarse.

Bauman resalta la noción de la fluidez, de lo líquido, de lo indeterminado que subyuga las propensiones de lo actual. Él nos dice: "...la desintegración social es tanto una afección como una nueva técnica del poder, que emplea como principales argumentos el descompromiso y el arte de la huida... Cualquier trama densa de nexos sociales y particularmente una red estrecha con base territorial implica un obstáculo que debe ser eliminado. Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes, en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuente principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad. Y el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanas permiten que esos poderes puedan actuar."

Me pregunto si en el diseño de nuestras "nuevas" Universidades Territoriales se ha pensado en esto, si se ha previsto que dentro del flujo de la **Modernidad Líquida**, que es el término con que Bauman ha bautizado y definido exhaustivamente a nuestra época, ellas, juegan un papel de traba o de avance, de barrera o de liberación, que implique enfrentar desde el mejor bastión posible el cambiante y escurridizo presente, si desde esa nueva perspectiva que se nos plantea podamos integrarnos de manera inteligente y fluida en el ritmo del conocimiento y la ciencia contemporánea, todo sin dejar perder lo particular que nos atañe y problematiza.

Se necesita una tarea de claridad y sinceridad en el análisis, de perspectiva a futuro, de lucidez para prever lo que

de alguna manera pudiera acaecernos y así estar preparados para apropiarse de lo desconocido por venir, para no quedarnos, para participar y recuperar lo perdido. Es un labor que no se ha hecho, se ha convocado, poco, a discutir las líneas que se imponen desde un designio ministerial, desde el despacho del director que ha visto con gratos ojos un proyecto que hace eco de sus convicciones en el estamento político, eso sucede con frecuencia y es prácticamente inevitable, pero en realidad ¿la territorialidad es un clamor que surge de las entrañas de la universidad? ¿Es una necesidad cónsona con lo que tenemos que afrontar? No lo sé. Tal vez sí, tal vez no, es difícil asegurar nada mientras no haya profundidad en tratamiento del tema, mientras no se le enfrente desde un escenario que establezca las muchas energías que toman partido en estos hechos.

Pero sí creo que lo peor que pudiéramos hacer ante esta impronta del nuevo milenio es encerrarnos en vaguedades, en pensamientos sin aristas, en ardores que provengan de campos que no son los del saber. Debemos apartar las ideologías lerdas y pre-construidas que repiten vetustos libretos para abrir las posibilidades que tiene la Universidad de repensarse a sí misma, de construirse y deconstruirse en función de su propia experiencia y saber, dejar que ella hable, no sus testaferrós.

¿O es que debemos dejar que nos digan qué somos y cómo debemos caminar?

José J. Quintero Delgado  
Editor